

“El chico que vivía en la luna” - Ámber

Hace unos años tuve un amigo del que no pude despedirme. Era un chico encantador que amaba la astronomía tanto como yo amaba la escritura, pero como cualquier otra cosa, las amistades tienen un fin y uno debe aprender a aceptarlo.

Antes de contar una historia debe haber una introducción, así que aquí está la mía.

Nací el ocho de octubre, en Manchester. Tenía una hermana dos años mayor que yo llamada Kate. Ella siempre se metía con mis trabajos y a veces era incluso capaz de arruinarlos sólo para molestarme.

Cuando estaba en segundo de bachillerato participaba en el periódico de la escuela, donde hablaba de eventos u otras extraescolares al resto de alumnos. Ahí la presidenta me mandó hacer un trabajo: entrevistar a todos los presidentes del resto de grupos para animar a la gente a unirse.

Conocí a Arson, el capitán del equipo de fútbol, y a Mónica, la capitana del de voleibol. Los dos eran amantes del deporte, sobre todo los grupales, y les encantaba animar al resto a esforzarse al máximo.

Después fui con Alan, del club de matemáticas, con Molly, a quien le apasionaba la química, y Jason, que tenía datos muy interesantes de la historia de Europa. A los tres les encantaba ir a la escuela, sobre todo cuando tocaba dar su asignatura favorita.

Tuve que entrevistar a Lyra, la presidenta del periódico del colegio y la chica que me mandó hacer el trabajo, justo antes de ir a la clase donde estaba el club de astronomía.

El presidente de ese club estaba fuera del país en un intercambio, así que tuve que hablar con Connor, el vicepresidente. Era un chico genial a quien le encantaba todo lo que tenía que ver con el espacio, aunque a pesar de eso no era demasiado bueno en sus estudios.

Desde ese día me hice muy amiga de los seis. Tuve que hacer más publicidad a cada extraescolar por lo que les veía más a menudo que antes. Pero entre todos mis amigos el mejor era, sin duda, Connor.

Siempre me contaba datos muy interesantes sobre el espacio y yo le hacía preguntas de los planetas, como por qué Saturno tiene anillos o si alguna vez podríamos vivir en Júpiter. Él me contestaba cada una de las preguntas sin ningún problema y yo escuchaba atentamente sus respuestas.

Una vez él me estaba enseñando a Júpiter desde un telescopio en mitad de una lluvia de estrellas cuando hicimos una promesa: los dos pediríamos un deseo a una estrella y los dos cumpliríamos ese deseo sin importar qué.

Yo deseé publicar algún día un libro que se hiciera famoso por todo el mundo y que a todos les encantara, y esperaba que él pidiera ir algún día a la Luna, como siempre me dijo que quería hacer, pero sin embargo su deseo me dejó sin palabras.

“Deseo morir viendo a Marte con mis propios ojos”.

Le regañé por pedir algo tan tonto, aunque en ese momento pensé que era una forma de decir que no moriría hasta que no cumpliera su sueño de salir de la Tierra.

Si en ese momento le hubiera prestado más atención que de costumbre, hubiera sabido que era posible ver a Marte desde la Tierra.

Lamentablemente no me di cuenta hasta que me llegó una carta el ocho de diciembre del 2022, justo cuando terminé de trabajar a las siete de la tarde.

Estaba anocheciendo y vi que me había llegado una carta de Connor, aunque no era para mí, él se la había dedicado al mundo, a nadie en especial.

La carta decía:

“Querido mundo,

Seguramente todo el que me conozca haya escuchado alguna vez que nada se me da bien y que debería dejar de intentar nada, incluso puede que lo hayas pensado, pero seguro que sí lo has escuchado.

Cuando era más joven tenía un sueño; ir a la Luna y ver una estrella a metros de mí. Vale, puede que no fuera muy realista, pero era mi sueño y nadie tenía derecho a quitármelo.

Escribir nunca ha sido mi punto fuerte, pero si haciéndolo puedo expresar lo que siento sin necesidad de ver a la otra persona a la cara, entonces no me importa escribir esta carta.

Siempre pensé que tú y yo éramos incompatibles como amistad, tú eras curiosa y amabas todo lo que estaba en esta tierra, sin embargo yo sólo quería salir de ella. Era curioso porque parecía que eso era lo que nos hacía una amistad perfecta, sin embargo la mayor diferencia es que tú sí podrías cumplir tu sueño mientras que yo debía quedarme aquí, en el lugar que siempre odié.

Recuerdo que había una frase que todos me decían a mí. Sólo a mí, sin excepciones:

“Connor, céntrate, que siempre estás en la luna”.

En realidad era cierto, estaba en la luna. No la real, por supuesto, pero soñaba con que estaba allí viendo la Tierra desde fuera por primera vez y me encantaba sentir esa sensación.

Me encantaba sentir que me volvía más grande mientras que la Tierra se hacía cada vez más pequeña y las personas de dentro se convertían en diminutas hormigas.

Sin embargo, todo era un sueño, y nada más, porque por mucho que amara esa sensación yo nunca sería escogido para ir a la Luna o para algo tan espectacular como eso. No había nada más que pudiera hacer, porque por mucho que me esforzara nunca lograría nada.

Sólo me quedaba mirar a la Luna desde aquí esperando a que la Tierra se destruyera por completo de una vez por todas, extendiendo la mano cada noche hacia la Luna esperando poder tocarla, como si eso fuera a pasar de verdad.

Quizás también me quedaba mirar las luces en forma de estrella que había en mi habitación, pero no eran reales y jamás lo serían. Deseaba que lo fueran.

Espero que nadie que lea esta carta sepa lo que duele esperar a que un sueño se cumpla sin poder hacerlo realidad de verdad, pero si alguien lo leyera entonces espero que no tenga el mismo final que yo, sino que realmente se haya levantado tras caerse por centésima vez y que esté comprometido a hacerlo cien veces más si hace falta.

Si hay realmente un cielo al que vas tras la muerte, espero que sea tan bonito y acogedor como lo era el espacio para mí.

-Connor Davies”

Sabiendo que era demasiado tarde, miré al cielo por la ventana y entendí toda la carta.

Connor había cumplido su promesa, porque había muerto mirando a Marte y me había mandado esa carta para que yo lo supiera.

También entendí por qué se la había dedicado a “el mundo”. Quería que se la enseñara a todo el que necesitara leerla, y así nadie sentiría lo que él sintió.

Por eso decidí cumplir mi promesa y escribir un libro que contara la historia de un chico que siempre estaba en la luna.